



Paz y Bien

Sermón de Soledad.
14-IV-2006

Textos:

Jn.: 19, 25-27.

“Stabant autem iuxta crucem Iesu mater eius” (V. 25).

El Domingo de Ramos, meditamos sobre la hora de Jesús como aquel momento en que se realiza definitivamente la obra para la cual fue enviado por el Padre a este mundo.

En el momento supremo de la Cruz, Jesús revela que su hora, también es la hora de su madre que vive una profunda y misteriosa comunión con los sufrimientos de su Hijo.

María junto a la cruz, como primera cristiana y figura de la Iglesia, nos invita a reproducir en nuestros corazones la imagen del crucificado, a no huir del sufrimiento que nos une a Cristo y a los hombres nuestros hermanos.

A causa de esta posición privilegiada en la comunión con los sufrimientos de Cristo, María es para nosotros un singular y único ejemplo en el camino de la cruz, que con ella, nos lleva a la Resurrección.

Al pie de la cruz, María gime y siente desfallecer su alma a causa de los dolores de su Hijo.

Hermanos, sólo las madres que pasan por un momento similar saben cuán profundo es el dolor de la muerte de un hijo.

Jesús, la consuela con el mayor consuelo y como quien sufre los dolores de parto, da a luz un hijo, cuando su Hijo agonizante le dice mostrando a Juan: “He ahí a tú hijo”, y Juan se transformó en el primogénito eclesial del nuevo pueblo de Dios, que Jesús adquiere con su sangre.

La hora de la cruz es un momento de infinita fecundidad, a partir de esa hora, el dolor ofrecido y unido a la cruz del Señor es fecundo.

Hermanos, hemos recorrido el “Camino de la Cruz”; pidamos al buen Dios, que como María, podamos permanecer con fidelidad a los pies de la cruz, con clara conciencia que “mientras el mundo gira, la cruz permanece” (S. Bruno).

Amén.

G. in D.

